

todo esto, según lo habían oído de Juan, los otros discípulos que con Jesús venían, y le invitaron a que se les juntase y con ellos siguiese a Jesús.

Es notable el proselitismo y celo que en estos discípulos se excitaba desde el primer momento, y el entusiasmo y simpatía ardiente que por su Maestro desde los primeros días experimentaban. Aquél que había de atraerse á sí tantos corazones de toda la tierra, empezaba a apoderarse de ellos.

Felipe en cuanto conoció y se afilió a Jesús, acordó en seguida de su amigo Natanael, y apenas lo encontró le dijo:

«—A aquél de quien escribió Moisés en la Ley y los Profetas, lo hemos hallado, es Jesús, el Hijo de José, Nazareno».

Felipe hablaba de Jesús, según lo que de él se sabía de público.

Debía ser Natanael hombre distinguido y docto, y no sabiendo que hubiese ninguna profecía de Nazaret, dijo a su amigo:

«—Nazareno? ¿Puede salir de Nazaret cosa buena?

»Y le dijo Felipe:—Ven y verás.

»Y cuando Natanael venía le vió Jesús y dijo:—Aquí viene un verdadero Israelita en el cual no hay falsía.

»—¿De dónde me conoces?—le dijo Natanael.

»—Antes que te llamase Felipe,—le dijo Jesús—te he visto cuando estabas bajo la higuera».

Debió haber en estas palabras de Jesús alguna alusión a algún hecho secreto de Natanael. Quizás este sitio de la higuera era oculto y cerrado, y allí recogido Natanael estuvo orando o haciendo alguna cosa buena, suponiendo que nadie podía verle. Ello es que Natanael cayó en la cuenta de la alusión, porque al oír estas palabras del Señor dijo estupefacto:

«—Rabbi (Maestro), tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel...»

»Respondió Jesús y dijo:—Porque te he dicho: Te he visto bajo la higuera, ¿crees? ya verás cosas mayores.

»Y añadió (dirigiéndose a todos):—En verdad: en verdad os digo que veréis el cielo abierto y los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre».

Llámase aquí por primera vez en el Evangelio Jesús a sí mismo *Hijo del hombre*. De este modo solía él llamarse de ordinario: ocasión tendremos más adelante de explicar el porqué de este misterioso nombre, y la razón de que Jesús siendo Cristo y viniendo a probar que él era el Cristo y exigiendo que por Cristo y por Mesías se le tuviese, nunca sin embargo se diese él a sí mismo este nombre de Cristo, sino más bien otros nombres y muy singularmente el de Hijo del hombre.

Tampoco parece que Natanael, al llamar aquí *Hijo de Dios* a Jesucristo, entendiérase este nombre como después lo entendió y lo entendieron todos los discípulos, sino en el sentido de que como Mesías era un varón muy estimado de Dios, y por tanto hijo de Dios por gracia, especial y eminente, sí, y superior a la de los ángeles y demás hombres, como se creía del Mesías, pero no Hijo de Dios por naturaleza. No tenía aún Natanael bastante revelación ni conciencia para saber que Jesucristo era verdadero Hijo de Dios y Dios por naturaleza, como después la tuvo.

En fin, conviene advertir que este Natanael es, según parece el mismo que en el evangelio de San Juan es llamado Natanael, pero que en los evangelios sinópticos es conocido con el otro nombre de Bartolomé Bar-Tolmai, hijo de Tolmai. Y advertimos a los lectores de una vez para siempre, que en el lenguaje teológico se llaman sinópticos los Evangelios de San Mateo, San Marcos y San Lucas, por razones que también en otro sitio quizá explicaremos.

Con estos discípulos entró el Salvador, bien distinto de como había salido, en su provincia de Galilea.

Muchos fueron los que le vieron, los que tal vez se sintieron llamados, los que acaso deliberaron seguirle.

Solos cinco, o seis si acaso, los que sabemos que le siguieron. Pero ya el Carpintero de Nazaret empieza a ser el Maestro de Israel.

51. LAS BODAS DE CANÁ

(J. 2, 1-11)

Salió Jesús de Judea después de haber llamado a Felipe, y volvía a Nazaret, no ya como había salido, simple car-

pintero de Nazaret como uno de tantos de su pueblo, sino seguido de discípulos, cinco o seis por lo menos, y rodeado de luciente aureola de dignidad por los sucesos del Jordán y testimonios del Bautista, y aun anunciado como Mesías, pues no es creíble que los discípulos con el celo y entusiasmo que desde el principio tenían, así como habían hablado entre sí, no hablasen con otros de un caso tan esperado en todo el pueblo.

Cuando llegó a su tierra al tercer día de haber caminado, estaba su Madre en Caná de Galilea, a donde había sido invitada, para unas bodas que allí se celebraron, de parientes o amigos de la familia de Jesús. Fué también invitado Jesús y con él sus discípulos, de donde se ve que ya la gente estaba enterada de la nueva posición de maestro de Israel que tomaba el carpintero.

No era Jesús huraño ni mucho menos, ni se negaba a cumplir con las cortesías sociales, ni a participar de los santos y honestos regocijos de familia. Quería además santificar con su presencia el matrimonio, la alegría doméstica, los puros goces de la amistad, y el buen humor de las fiestas de la vida, y por eso fué entonces a las bodas el que también después asistió a no pocos banquetes de gente que le invitaba. Entonces como siempre nos dió ejemplo de aquello que decía San Pablo su discípulo: *Omnibus omnia factus sum*, «me hago todo a todos». San Pablo lo hacía *ut Christo lucrificiam*, por ganar a otros para Cristo; Jesús lo hacía por ganarlos para su Padre y para sí mismo.

Fuese porque la familia de las bodas no era de las más acomodadas, fuese por la imprevista venida de tantos huéspedes más, Jesús y sus discípulos, fuese por otra causa cualquiera, el caso es que empezó a escasear el vino.

Bochornosa iba a ser la situación de los esposos, porque los orientales sobre todo se precian en sus banquetes de mucho lujo y gasto en licores, vinos, perfumes, esencias y festejos. Y si se hubiera notado esta falta hubiera sido muy grande la vergüenza.

Suelen en estos casos las mujeres darse muy pronto cuenta de todo, y más si, como María en aquella casa, son de confianza y atienden a que se cumpla con todos de parte de los esposos. Y sea por algún aviso que recibió,

sea por la perplejidad y embarazó que advirtió en los sirvientes, sea en fin por su natural perspicacia y suma delicadeza, o porque, andando entre las mujeres aparte, le fué fácil enterarse de lo que pasaba, apenas empezó a faltar el vino lo notó enseguida, y más solícita ella que todos, se acercó con disimulo a su Hijo y le dijo estas sencillísimas palabras:

«—No tienen vino.

»Dijole Jesús:—¿Qué tengo yo que ver contigo? mujer. Aún no ha venido mi hora».

De suyo estas frases eran harto ásperas. La expresión hebrea de que usaría el Señor *ma-li-valak*, realmente es la de quien se cree molestado por otro y quiere desligarse de él. No me molestes, déjame en paz, no te metas en mis cosas.

La Virgen según se ve del contexto le pedía un milagro. Ahora bien, Jesús, así como en lo común de la vida estaba sujeto a María, pero en cuanto tocaba a su misión de Mesías, ya les dijo en el Templo, que él no había de atender sino a la voluntad de su Padre Eterno. Y como los milagros Jesús no quería hacerlos, sino en cuanto Mesías y para los fines de Mesías, y no por lazos de carne y sangre, por eso le dijo a su Madre esto, como quien dice: ¿Qué eres tú para pedirme ahora milagros? los milagros no los he de hacer yo cuando tú quieras, porque en cuanto Mesías no tengo yo que obedecerte, sino cuando quiera mi Padre celestial.

Y añadió en confirmación de esto: Aún no ha venido mi hora. Es decir, aún no ha comenzado esa época de mi vida en que tendré que hacer muchos milagros. Todavía no es hora de hacerlos. Déjame en paz.

Ya sabía la Virgen que Jesús no haría milagros en su vida privada, y aún no le había visto hacer ninguno. También sabía que Jesús en su vida pública los haría y muy grandes. No puede dudarse que de esto estaría por el mismo Jesucristo bien enterada. Pero veía que esta época de la vida pública comenzaba. Y aunque Jesús no había hecho aún ningún milagro, se animó a pedirle que comenzase ya a hacerlos con esta ocasión.

Pero si la respuesta de Jesús, en sus palabras fué dura,

debió salir con el gesto y tono filial, propio de quien niega con las palabras y accede con las obras, como suelen muchas veces los hijos, los padres y los amigos negar de palabra las cosas de modo que se ve que realmente las conceden. Así debió ser, porque su Madre no dudó un momento y llamando al punto a los sirvientes, o acercándose a ellos les dijo:

«—Haced todo lo que él os diga».

En efecto, muy pronto los llamó Jesús y les dijo:

«—Llenad esas vasijas de agua».

Había allí seis vasijas de piedra puestas para las purificaciones estiladas en los convites de los judíos, que, como los lavatorios eran muchos, de pies, de manos, de vajilla, debían haber mucho. Aquellas cabían cada una dos ó tres metretas. Y como cada metreta tiene cerca de 40 litros, cabían más de ciento en cada vasija y las seis unos 600 litros. Estaban entonces harto vacías, pues habían precedido muchas purificaciones, y Jesús mandó llenarlas.

Más fácil era hallar agua que vino y las llenaron, dice el Evangelio, hasta arriba.

«—Sacad ahora—les dijo—y llevad eso al arquitriclino».

Este nombre tenía el que dirigía todo el servicio del convite. Así lo hicieron. Llevaron al arquitriclino. Probó éste el agua hecha vino, que no sabía de dónde lo habían sacado, aunque los ministros que le habían sacado lo sabían muy bien. Y gustó tanto y pareció tan exquisito el vino al arquitriclino, que se dirigió al esposo y delante de todos le dijo con mucha gracia:

«—Todo hombre pone el vino bueno al principio, y cuando ya se han hartado sacan el peor, y tú has guardado el buen vino hasta ahora...»

»Este es el principio que dió Jesús a los milagros en Caná de Galilea, y manifestó así su gloria y creyeron en él sus discípulos».

Así concluyó San Juan la narración de este hecho a que estuvo presente, y que nos describe con tantas señales como testigo de vista.

No acabaremos nosotros, sin recordar, que según se desprende claramente de la narración, no había de haber hecho Jesús este milagro, si la Virgen no se lo hubiera pedido.

Ella fué la que llevó a Jesús al banquete, ella la que advirtió desde el principio la falta, ella la que rogó al Hijo y la que le comprendió como madre al punto, ella, en fin, la que al amanecer de la vida pública de Jesús, cuando éste no del todo había comenzado su vida de Mesías, cuando aún no había llegado su hora, se la hizo acelerar, y mandó salir el sol de los milagros en favor de sus amigos.

Ella nos convida a las bodas de su Hijo, y no permita que nos falte jamás el dulcísimo vino de la gracia.

52. EN CAFARNAÚM

(J. 2, 12-13)

Ya estaba corrido el velo. Si después de los testimonios de Juan, y del imperio con que se hizo seguir de sus discípulos y se mostró conocedor de corazones y dueño de voluntades, quedaba alguna duda, el milagro de Caná tan patente y fácil de comprobarse demostraban plenamente que el hijo del Carpintero era algo más y traía al mundo una misión mucho más elevada que arreglar puertas y ventanas y remendar carros y yugos.

Por eso dice muy bien San Juan que en este primer milagro «manifestó Jesús su gloria y creyeron en él sus discípulos». Los cuales ya antes sin duda habían creído, pero entonces habían acabado de creer del todo, sin vacilación en la misión y autoridad sobrenatural de Jesucristo.

Ya no volvió Jesús entonces a Nazaret. Sino que rodeado de discípulos convencidos y resueltos, se dirigió a la que había de ser centro de su apostolado en Galilea, a Cafarnaúm, situada a la orilla noroeste del mar de Genesaret. Diremos de ella más tarde, cuando describamos este lago, que no tiene tantas olas como vió milagros del Mesías. Por ahora Jesús no se detuvo allí mucho tiempo. Bajó desde Caná a Cafarnaúm y le acompañaron no solo sus discípulos, mas también su madre y sus hermanos, es decir, varios de sus primos y parientes, según explicamos esta palabra de hermanos en otro sitio.

Salía ya a manifestarse como enviado de Dios al mundo, a presentarse como el Mesías, como el Cristo, como el Profeta, como el Hijo de David, como el Hijo de Dios, en una

palabra como aquel gran personaje que todos entonces estaban ansiosamente esperando, y al que Juan había ya preparado el camino, y de quien el Bautista había ya terminantemente dicho que estaba entre ellos, sino que no le habían conocido. Ahora salía a que le conociesen todos.

Y como Nazaret estaba muy escondida salió de su segunda patria, y eligió con todo intento los sitios más frecuentados. Estos eran Cafarnaúm en Galilea, y Jerusalén en Judea y en toda Palestina. Por eso los primeros pasos después del milagro de Caná fueron a estos dos centros futuros de su apostolado, y al principio una corta estancia en los dos para dar, como quien dice, el pregón y la voz de alerta de que ya estaba allí, y llamar la atención de todo el pueblo de Israel, del Sur y del Norte.

Para eso es la luz, como el mismo Mesías dijo después a sus apóstoles. No se la esconde bajo el celemin, sino que se la pone sobre el candelabro.

En Cafarnaúm esta vez se detuvo muy poco. Probablemente, aunque no nos lo dice el Evangelio, iría a vivir en casa de Pedro, que estaba casado y tenía allí su mujer y parientes, o quizás el mismo Jesús tenía en esta ciudad algunos primos. Tampoco nos cuenta el Evangelio si esta vez predicó e hizo algún milagro. Pero también se puede creer que predicó y realizó algunas maravillas, pues cuando después vino de Jerusalén a Nazaret, le decían sus paisanos:

«—Vamos, las cosas que hemos oído que has hecho en Cafarnaúm hazlas aquí en tu patria».

Y si bien no nos cuenta el Evangelio estos milagros, pero ya nos advirtió San Juan que no cuenta el Evangelio todos los que hizo el Señor, porque, si se escribiesen todos, ni el mundo entero cabría los libros que los contasen.

De todos modos pronto salió de Cafarnaúm. Y se dirigió a Jerusalén.

Era esto hacia el mes de Abril o Marzo, y se acercaba la pascua, la fiesta más solemne en Jerusalén, a la cual debían acudir todos los varones israelitas que no estuviesen legítimamente impedidos. Jesús asistió a ella por la primera vez a los doce años, cuando se quedó en el templo, y de seguro, que según la obediencia y piedad con que se procedía en la sagrada familia, subió todos los años siguientes

desde entonces. Pero fuera de aquel fulgor pasajero de sabiduría con que deslumbró a los doce años a los doctores, no había hecho de sí ninguna otra manifestación. Mas ya la iba a dar, y muy clara y resuelta. Aprovechóse de la ocasión de la pascua, y unido a los muchísimos que de todas partes se dirigían a la capital, subió allá rodeado de sus discípulos.

53. EN JERUSALÉN

(J. 2-13)

Cuando llegó Jesús a la capital del Pueblo de Dios, a la Jerusalén Santa, venerable y adorada de todos los israelitas, no era ya un desconocido. Precediale ya y le acompañaba la fama. Muchos le conocían, además del testimonio que de él en tantas ocasiones había dado el Bautista, los discípulos que venían con él y sabían el milagro de Caná y los que hizo en los cortos días que pasó en Cafarnaúm, los contarían sin rebozo y con entusiasmo por todas partes.

El pueblo que, ansioso, hacía mucho, de ver al Mesías lo estaba buscando por todas partes, comenzó a fijar sus ojos en Jesús, que se presentaba como Rabbí rodeado de los suyos, escuchaba el testimonio de sus discípulos y la narración maravillosa de los milagros que habían visto, y movido poderosamente con todo esto, fué poco a poco agrupándose en torno del Nazareno que se presentaba francamente como legado de Dios, como maestro de Israel, como Mesías, y enseñaba sin disimulo y lleno de autoridad una doctrina distinta de la que otros maestros enseñaban y con una fuerza y confianza superior a la de todos ellos.

Y parece que desde los primeros días debió hacer algunos milagros, si se puede conjeturar por algunos rasgos del Evangelio.

La ocasión de mostrarse era magnífica. Habría entonces en Jerusalén millones de hombres entre los naturales y los peregrinos que se aglomeraban para la pascua. Los más eran venidos de fuera de los pueblos y aldeas, y muchísimos sin duda de Galilea, donde era más conocido Jesús. Las fiestas eran de las más solemnes de la religión. Los espíritus durante aquellos días casi no se preocupaban de otra cosa que de asuntos religiosos; del culto, del sacrificio,

de las esperanzas mesiánicas, de lo que decía el Bautista, de que ya había venido el Cristo. Así, pues, Jesucristo llamó poderosamente a sí la atención de todos desde el momento en que se dijo con fundamento que se daba a sí mismo como el Mesías, y mucho más desde que se oyeron sus milagros.

54. ARROJA Á LOS PROFANADORES DEL TEMPLO

(J. 2, 14-25)

Y después de haber ya hablado varias veces ante el pueblo, un día se dirigió al templo.

Era éste en aquellas fiestas el centro de las idas y venidas y de todas las atenciones de los israelitas congregados para adorar a Dios. Entonces era magnífico. Cuando recién venido del cautiverio, lo erigió Zorobabel, pobre y modesto, lloraban los ancianos que habían conocido el de Salomón, recordando la diferencia que de aquél a éste había. Pero estos mismos ancianos hubieran tal vez llorado de alegría si hubiesen visto la magnificencia con que en este tiempo, restaurado y enriquecido de pórticos por Herodes, se presentaba a la vista. Josefo después de darnos una preciosa descripción de la ciudad y del templo, al hablar de éste dice entre otras cosas: «Nada se descubría en su aspecto exterior que no excitase la admiración del espíritu y de los ojos. Porque estaba por todas partes cubierto de gruesas láminas de oro, tal que á la salida del sol lanzaba un esplendor como de fuego, y obligaba con sus rayos solares a retirar la vista de los que tenían que mirarlo. Y á los que venían de fuera peregrinos, desde lejos se les representaba como una montaña de nieve; porque donde no estaba cubierta de oro lo estaba de blanquísimo mármol. El tejado estaba erizado de pinchos de oro agudísimos, para que no se posasen en él las aves y lo manchasen».

Por dentro también era amplísimo y lleno de majestad. El templo, propiamente hablando, ocupaba un cuadrilátero ancho y profundo de 150 metros, cerrado por muros, y en el que no se permitía a ningún gentil la entrada, bajo pena de muerte. Dentro de este recinto estaba el atrio de los

judíos, y dentro de él el de los sacerdotes, con el altar de los holocaustos, y después de él el *Sancta* y más adentro el *Sancta Sanctorum*.

Magníficos atrios y pórticos, en los cuales se admitía a los gentiles y a todo el que quisiese, rodeaban por todos los cuatro lados este recinto reservado.

Muchísimos eran los sacrificios que siempre, pero sobre todo estos días se ofrecían en el templo a Jehová por los peregrinos. Miles de reses se sacrificaban y ofrecían al Señor por este tiempo en el altar del holocausto, el cual por tanto tenía que ser bien amplio, como que medía, dice Josefo, 15 codos de alto y 50 de ancho, es decir, cerca de ocho metros de alto y más de 26 de ancho. A la faena de sacrificar las reses y abrasarlas estaba dedicado un gran número de levitas, que tenían muchísimo que hacer en aquellos días.

Siendo tantos los sacrificios en la pascua, era también menester muchas víctimas, y esto daba ocasión a un gran tráfico, especie de feria de ganado, en que se vendían reses de todas clases, bueyes, terneros, cabritos, ovejas, palomas, para los ricos y para los pobres.

Al propio tiempo, era preciso entonces dar para el templo y depositar en uno de los trece cepillos destinados a recogerla, la ofrenda anual del *medio siclo*, (moneda equivalente a 1,80 pesetas) que debía pagar todo israelita. Pero como no se permitía ofrecer monedas profanas, sino judías, viniendo los más de regiones en las que corría ordinariamente la moneda griega y romana, era preciso cambiar el dinero, y para ello al lado de los que vendían el ganado, se instalaban los cambistas, dispuestos a cambiar, sea siclos por moneda corriente, sea moneda romana y griega por siclos. Lo cual hacían con el lucro de cinco por ciento cuando menos.

Al principio estos mercaderes y cambistas debieron colocarse en las afueras del templo. Pero en tiempo de Jesucristo, consintiéndolo, según parece, los sacerdotes, a cambio de algún lucro que ellos mismos reportarían, y acaso porque no pocos de los negociantes lo hacían en su nombre y eran sus amigos y parientes, todo este comercio se instaló en el templo; el cual con esto, veinte días antes de

empezar la pascua convertíase en revuelta y alborotada feria, y rebosaba en profanaciones mercantiles, y tal vez en otra especie más indigna de contratos y abominaciones, según dicen algunos autores.

Fué, pues, Jesús al templo, cuando comenzaba la pascua, y vió aquel inmenso abuso y profanación inveterada, que convertía la casa de oración de su Padre en casa de feria y de moneda: «vendedores de bueyes, de ovejas y palomas, y cambistas sentados» en sus mesas.

Ya lo venía viendo desde los doce años, y no lo vió una vez sin que el celo de la gloria de su Padre le encendiese el corazón. Pero aún no había llegado su hora y callaba y sufría hasta que llegase.

Llegaba entonces. Ya no era el sencillo carpintero de Nazaret, ya era el legado de Dios. Era el profetizado por Malaquías cuando dijo: «¿Quién resistirá el día de su venida? ¿quién quedará de pie cuando él aparezca? porque será como el fuego del fundidor, y como la legía de los lavaderos. Se sentará a fundir y purificar la plata, purificará a los levitas y los depurará como se depura al oro y a la plata, y tendrá Jehová hombres que le presenten ofrendas santas» (3.2,3).

Allí estaba. Lleno de santa indignación, con reposada y calculada ira tomó algunos ramales de las bestias, hizo con ellos un azote y blandiéndolo amenazador e imponente «arrojó a todos del templo, y luego las ovejas y los bueyes, y echó a rodar la moneda de los cambistas, y volcó sus mesas. Y dijo a los que vendían palomas: Quitad eso de aquí, y no os atreváis a hacer la casa de mi Padre casa de tráfico».

Nadie le resistió, nadie se atrevió a decirle nada. En su presencia y entereza se debía reflejar algo superior, sublime, inusitado, propio no solo de quien tiene razón, sino de quien tiene suma autoridad. No era la primera vez que les hablaba en nombre de aquel a quien llamaba *su Padre*, y ya en sus predicaciones anteriores se había dado a conocer como hijo de Jehová cuya casa era el templo. ¿Quién se había de atrever a oponerse a aquel que así se decía hijo de Jehová? En un momento quedaron atrios y pórticos limpios por completo de negociantes. Los vendedores de pa-

lomas, a quienes, tal vez por más pobres, el Señor había tratado mas suavemente, recogieron sus jaulas y se fueron, y quedó dueño del templo el que lo era de verdad. Los discípulos que conocían su mansedumbre habitual y que nunca le habían visto de aquel modo, espantados se acordaban de unas palabras del profeta David acerca del Mesías, cuando dijo de él: El celo de tu casa me devoró.

Pronto se corrió el rumor de aquel hecho prodigioso, la gente que vió dispersarse los rebaños y retirarse confundidos a los mercaderes y murmurando a los cambistas, se arremolinaría a ver quién era y cómo estaba el que los había expulsado, y siendo un solo varón, se había atrevido a hacer frente a todos ellos, eso que como traficantes fácilmente serían gente atrevida, descortés y arrogante.

Y entre los que vinieron estaban los que San Juan en su Evangelio constantemente ha de llamar *Judíos*, los que desde entonces han de ponerse siempre de frente a Jesús, los jefes del templo, los Príncipes y Sacerdotes representantes de fariseos y saduceos que naturalmente debieron llevar a mal el que un advenedizo de pocos días, desconocido aún, o poco conocido, y de ellos quizás ya sordamente espiado y recelado, sin haberles pedido permiso a ellos ni consultado para nada, se arrogase aquella autoridad en el templo, que era exclusivo dominio de ellos, y con aquel acto tachase su descuido, quizás su connivencia y tal vez interesada complicidad en aquellos abusos.

No se atrevieron a censurar la acción, que era dignísima, y propia de cualquier verdadero israelita, pero sí se atrevieron a protestar contra la intrusión de su autoridad.

«Y le dijeron:—¿Qué señal nos muestras para obrar así?» es decir: con qué milagro o señal pruebas que tienes autoridad para hacer eso que has hecho, y para salir por la honra de Jehová a quien llamas tu Padre?

Se conoce que Jesucristo había hecho ya varias declaraciones de su persona, como hemos dicho, y aun algunos prodigios para probarlas. Si sólo hubieran visto en él un simple Galileo recién venido ni los negociantes, ni los sacerdotes le hubieran consentido tal acción. Pero ya se había dado a conocer algo antes y adquirido fama y autoridad para aquella acción.

«Y les respondió Jesús:—Disolved este templo y yo le volveré a edificar en tres días».

Y al decir «este templo» debió acompañar su voz con algún gesto que indicara que se refería a su cuerpo, y que éste era el templo, que había de ser crucificado y al tercer día había de resucitar. Mas ellos por entonces no entendieron lo que después se vió; y creyendo según el sentido obvio de las palabras que se refería al templo material, le dijeron:

«Cuarenta y seis años hace que se está edificando este templo ¿y tú lo vas a reedificar en tres días?...»

Mas no se atrevieron a urgirle más.

Tampoco los discípulos entendieron entonces que Jesús decía aquello de su cuerpo: «Mas cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de lo que entonces había dicho, y creyeron en la Escritura y en las palabras que dijo Jesús».

Habían comenzado las obras de restauración de Herodes en el templo de Zorobábel 46 años había, el año 18 de su reinado, y fueron después continuándose hasta el año 66, poco antes de su ruina.

Aquí se nos descubre un dato bien precioso para fijar algo las fechas de la vida de Jesucristo. Por Josefo sabemos que Herodes comenzó sus obras de reparación del templo el año 734 de Roma, ó sea el 20 de nuestra era, que coincidió con la venida de Augusto a Siria. Si, pues, añadimos los 46 años, que aquí dicen los judíos, tendremos que este año era el 780 de Roma, ó sea el 27 de nuestra era.

55. CONVERSIONES EN JERUSALÉN

(J. 2, 23-24)

Creció con esto extraordinariamente la autoridad y popularidad del Galileo en todo Jerusalén. Jesús siguió todos aquellos días predicando y haciendo milagros en confirmación de su doctrina. Con lo cual consiguió atraerse no pocos que se le ofrecían como discípulos. «Muchos, dice San Juan, creyeron en su nombre, viendo las señales que obraba», es decir, los milagros que hacía, que no nos dice el Evangelista cuáles fuesen.

No debieron sin embargo ser muy sinceras estas conversaciones, sino vacilantes, de impresión, de poco arraigo, porque Jesús se mantuvo muy reservado con los Jerosilimitanos; algo veía en ellos de doloso, de poco franco, el que conocía el interior de todos los corazones, y así dice San Juan hermosamente:

«Muchos creyeron en él, pero Jesús no creyó ni confió en ellos, porque él conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio sobre el hombre, pues él sabía todo lo que hay en el hombre», no tenía necesidad de que nadie le dijese lo que era cada cual en su interior, porque él conocía perfectamente el interior de todos los hombres, y si creían sinceramente o a medias, y si venían con recta o torcida intención.

56. NICODEMUS

(J. 3, 1-21)

Si el pueblo era poco de fiar, mucho menos lo era la aristocracia de Jerusalén. Soberbia siempre y muy pagada de sí misma, o entregada a la fruición de los bienes materiales, fariseos unos y saduceos otros, no iban a dejarse confundir por un despreciable Galileo que acababa de venir.

Debió ser para ellos un desencanto el ver aparecer un Mesías tan distinto de lo que ellos esperaban. Ellos entendiendo materialmente las profecías, se lo habían figurado espléndido monarca y reconquistador, fastuoso príncipe y general incontestable que sometiese al imperio judío todos los pueblos, y trajese a Israel días de triunfo y prosperidad terrena.

Y he aquí que confiado, seguro de sí mismo, sin arrogancia, pero con perfecto dominio se presentaba como Mesías y lo probaba con señales admirables, un galileo hijo de unos carpinteros de Nazaret, que contra todo lo que tal vez habían esperado, ni se acercaba a ellos, ni contaba con ellos para nada, antes tal vez les manifestaba el mismo desvío y aversión que les había manifestado Juan Bautista, como que venía por éste recomendado, elogiado y anunciado.

No era posible sino que desde el principio ya se le pudiesen de frente, y mirasen con recelo toda aquella popularidad y ascendiente que iba tomando entre el pueblo.

Así que afectando por entonces indiferencia nadie se le acercaba a consultar sobre ninguna de las enseñanzas tan sublimes y nuevas que iba esparciendo, sobre su mesianidad, su bautismo, su redención, su filiación divina.

Pero que había entre ellos discusiones, dudas, temores, expectativa grandísima no se puede dudar por lo que pasó con uno de ellos.

Era este Nicodemus, hombre, aunque fariseo, recto, deseoso de saber la verdad, rico y acomodado, y no menos docto y autorizado en Israel, como que era uno de los príncipes del Sanedrín y de sus maestros principales. Había observado a Jesús atentamente, vió que en él había algo extraordinario, comprendió que el caso era digno de examinarse, y queriendo instruirse en ello y salir de incertidumbre, se determinó a tener una entrevista con el Galileo. Mas por temor a sus compañeros no se atrevió a tenerla sino a ocultas, y vino a Jesús de noche, y luego que entró le dijo:

«—Maestro, sabemos que has venido de Dios como Doctor, porque nadie puede hacer esas señales, que tú haces, si no está Dios con él».—Bien indica en estas palabras Nicodemus que los fariseos se habían fijado en la doctrina de Jesús y en sus milagros y en su carácter sobrenatural. Y por eso dice: Sabemos. Y bien indica también al saludarle respetuoso con el título de Maestro, la gran autoridad que Jesús ante ellos se había ganado.

Hecho el saludo, sea que Nicodemus le preguntase algo de su doctrina, sea que Jesús se lo adivinase y se adelantase a responderle, le empezó a hablar el Maestro de esta manera:

«—En verdad, en verdad te digo, que quien no renazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios», no puede entrar en él.

Sorprendido por tal afirmación Nicodemus, sin entenderla del todo, sin querer tampoco darse por ignorante de su sentido, aunque no debía ser viejo, le dijo graciosa-mente:

«—¿Y cómo puede nacer uno que es viejo? ¿Acaso va a entrar de nuevo en el seno de su madre y renacer segunda vez?»

Dióle a entender Jesús amablemente que no se trataba de nacimiento material, y dijo:

«—En verdad te digo, que el que no renazca de agua y Espíritu Santo no puede entrar en el reino de Dios. Lo nacido de carne es carne, y lo nacido de espíritu espíritu. Así, pues, no te admires de que te haya dicho: Conviene que nazcáis de nuevo. El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así pasa en el que nace del Espíritu».

Que era decir: No se trata como piensas de un nacimiento carnal, de esos que se ven materialmente. Se trata del renacimiento espiritual, por medio del Bautismo, que se da con agua y gracia del Espíritu Santo, y sin el cual no es posible entrar en la Iglesia o reino que he de fundar yo como Mesías. Lo nacido de carne es carne, y yo quiero renacimiento de espíritu, el cual es misterioso, porque proviene de ese Espíritu, cuyas vías, origen y término no conoces, pero sabes por sus manifestaciones que existe.

Confundido por la sublimidad de la doctrina y delicadeza del asunto, dijo Nicodemus:

«—¿Y cómo pueden hacerse esas cosas?»

Mas mostrando extrañeza Jesús de que no las entendiese, le dijo halagüeño:

«—¿Tú eres el maestro de Israel y no sabes estas cosas?» ¿No entiendes esto que digo de la acción del Espíritu Santo, tú que tantas cosas has leído acerca de ella en las Escrituras, y que sabes lo que sucede con la inspiración de los profetas?»

Y apelando ya a su propia autoridad de Maestro enviado por Dios, y exigiéndole fe en sus palabras, añadió hablando en plural para mayor majestad, y notando de paso su incredulidad:

«—Pues en verdad, en verdad te digo, que decimos lo que conocemos, y damos testimonio de lo que hemos visto. Pero... no recibís nuestro testimonio!...» Como quien dice: Yo digo lo que he visto en el cielo de donde he venido, y mi testimonio no se puede recusar. Pero vosotros los fari-

seos lo recusáis, y no me creéis, y ya empezáis a rechazar mi doctrina.

Y eso, prosiguió, que no os he dicho aún más que cosas fáciles, pertenecientes a la generación espiritual de los hombres, terrenas, y no os he hablado de otras cosas de que tengo que hablaros, mucho más divinas, recónditas y sublimes, como de la generación eterna y celestial del Verbo: «Si os digo cosas terrenas y no me creéis, ¿cómo me creeréis si os digo cosas celestiales?» Y sin embargo me debéis creer. Porque «ninguno ha subido al cielo, sino el que ha bajado del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo». El cual ha venido a la tierra para la salvación del mundo. Porque «como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado en alto el Hijo del Hombre, para que todos los que crean en él, no perezcan, sino tengan la vida eterna. Porque tanto ha amado Dios al mundo, que le ha dado a su Hijo Unigénito, para que todos los que crean en él, no perezcan, sino tengan la vida eterna. Porque no ha enviado Dios al mundo a su Hijo, para condenar al mundo, sino para que por él se salve el mundo. El que crea en él no será condenado, pero el que no crea ya está juzgado, porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios. Y el juicio es este: que la luz ha venido al mundo, y los hombres han amado más las tinieblas que la luz; y es que eran malas sus obras. Porque quien obra mal aborrece la luz, y no acude a la luz, para que no sean examinadas sus obras. Pero el que obra la verdad acude a la luz, para que sean manifestadas sus obras, como hechas según Dios».

Grandes verdades le dijo Jesús. Si Nicodemos buscaba la luz, el Mesías se la daba bien abundante y a raudales. Todos los futuros misterios de la Redención, su divinidad eterna, su encarnación, su pasión y muerte, su redención, la providencia del Padre, la prodigiosa conversión del mundo, la fundación de la Iglesia sobre la fe... todo se lo indicó ya desde entonces, para que lo supiese como sabio, y como doctor lo predicase él a su vez a aquellos fariseos a quienes pertenecía, y de quienes había venido.

El vino de noche, pero Jesús encendió ante sus ojos la luz vivísima de la fe. Y conminándole con su autoridad celeste le advirtió de la obligación en que estaba, so pena de

su condenación, de creerle, y de buscar la luz verdadera, y recibir su doctrina, como de quien por ser Mesías, por ser Hijo de Dios, por venir a enseñar y salvar al mundo, no podía ser desoído sin grave desacato y apostasía.

Se despidió Nicodemos, y tal vez, pasada ya la noche, a sus ojos corporales amanecía cuando salió de la casa de Jerusalén. Había también amanecido a los ojos de su alma la fe en Cristo? No lo sabemos. Se puede creer que sí, que Nicodemos creyó todo cuanto le dijo Jesús, o que empezó a creer y se confirmó más adelante. Y si bien no se manifestó por discípulo del Galileo, más que por menoscreerle fué por miedo a sus compañeros, que desde el principio y cada vez más declararon la guerra al Mesías.

Pero si no se declaró en vida de Jesús decidido partidario suyo, al menos tampoco participó de la saña de sus compañeros de Fariseísmo y de Sanedrín; lejos de eso, se les opuso en ocasiones como veremos, y muerto Jesús tuvo la audacia de pedir su cuerpo para dar honrosa sepultura al que sus compañeros habían condenado a muerte.

57. EVANGELIZA LOS CAMPOS DE JUDEA

(J. 3, 22-36)

Pasó la Pascua. Jesucristo, luz de Israel, había lanzado torrentes de resplandores para los que tuviesen vista, en Jerusalén, en medio de su pueblo, en el centro de la civilización judía, en la capital de Israel, ante los doctores y sabios reunidos en la época de mayor aglomeración de pueblos y doctores. El fruto fué muy pequeño. Los que comenzaron a creer en él tenían su fe tan débil que «Jesucristo no se confiaba a ellos, porque sabía lo que hay en el corazón del hombre».

Con toda verdad se podía decir entonces, que «vino a los suyos y los suyos no le conocieron». ¡Y habrá que decir tantas veces lo mismo en esta historia!

Por esto tal vez, y por ver que la gente del campo estaba mejor dispuesta, como suele acontecer, y por deseo de ir anunciando el Evangelio por todas partes, salió de Jerusalén, y con sus discípulos fuere por la tierra de Judea, es